

El sepelio de la noticia

RAYMUNDO RIVA PALACIO

Las semanas de debate público sobre la salida de Miguel Ángel Granados Chapa de la conducción del programa *La Ciudad*, del Núcleo Radio Mil, llevó a la opinión pública por un abanico de temas que fueron desde la libertad de expresión y la censura, hasta una visión completa de las relaciones prensa-gobierno en México, pasando por la alta vulnerabilidad laboral de los periodistas, el papel que juegan los empresarios de la prensa, y las posiciones encontradas dentro del régimen sobre estos temas.

Pero hacia el interior de los medios, y en términos profesionales, mostró sus enormes insuficiencias periodísticas y las lagunas técnicas en el quehacer diario. El caso Granados Chapa debería servir como un modelo de lo que la prensa, como medio de comunicación, no debería hacer, pues los orígenes, las reacciones y la secuela del incidente no fueron reportados a través de los géneros noticiosos, sino por los de opinión.

En efecto, ha sido por la vía de las columnas y artículos de opinión como los detalles del caso se filtraron a la opinión pública. Con excepción de *La Jornada y Proceso*, el resto de los medios debería tomar nota, por un lado, del incumplimiento de su deber de informar, y por el otro, de cómo han claudicado en el papel de registrar los hechos, convirtiéndose en rehenes de los formadores de opinión, erigidos a su vez en el alma y razón de un buen número de medios.

Desde cualquier punto de vista periodístico el fenómeno es lamentable y refleja el atraso de la prensa mexicana.

Los medios de comunicación deben ser el sistema por el cual se comunican mensajes y símbolos a la población. Su función es sorprender, entretener e informar, así como inculcar valores, creencias y códigos de comportamiento. En una democracia, un amplio espectro de ideas tiene acceso al mercado; en aquellos países donde el poder está solo en la burocracia, el control monopolista de la prensa, muchas veces acompañado de la censura, deja claro que la prensa sólo sirve a las élites.

En México y muchas otras naciones esas élites manejan un lenguaje que no solamente es usado como un instrumento para formar y expresar un pensamiento, sino para confundir y sellar las ideas, empleando eufemismos y frases paliativas como una forma de discurso evasivo. En general, los periodistas mexicanos son víctimas cotidianas de estas prácticas, y como resultado el producto que entregan al mercado de consumidores de información es confuso, difuso, oscuro, descontextualizado y sin significado. La transmisión de frases y no de hechos provoca verborrea e ideas inconexas.

Aún con una reflexión superficial sobre estas peculiaridades de la prensa mexicana se puede entender porqué la opinión, y no la información, ha florecido en los medios de este país. El columnismo mexicano se ha desarrollado como en ninguna parte del mundo. Es a través de los columnistas por donde gran parte de la información codificada de las élites se expresa en forma asequible, pero no siempre comprensible para el conjunto de la población. Los poderosos prefieren expresarse por medio de los columnistas.

Por este singular mecanismo los columnistas han pasado a jugar un doble papel: aportan análisis e informan al público. Esto, en un país como México, donde se encuentra tan desvirtuado y rezagado el periodismo, no deja de ser, paradójicamente, un motivo de esperanza.

Sin embargo no hay nada que celebrar, pues este modelo no conduce a un entorno democrático donde la sociedad tenga acceso a un mercado libre de ideas. En un sistema democrático la prensa tiene que proveer diversas funciones y servicios al sistema político, para garantizar así un público mejor informado sobre sus opciones políticas.

Estudiosos, investigadores y periodistas en otras partes del mundo han alcanzado algunos consensos sobre el papel de los medios de comunicación, que se pueden sintetizar en seis puntos:

1. Monitoreo del entorno sociopolítico, reportando aquello que afecte positiva o negativamente a los ciudadanos.
2. Aportar una agenda significativa, mediante la difusión de los asuntos importantes del día.
3. Favorecer el diálogo entre los diferentes puntos de vista, así como la comunicación entre gobernantes y gobernados.
4. Ser el mecanismo mediante el cual se haga al funcionario responsable de sus acciones.
5. Proveer a los ciudadanos de incentivos para aprender, escoger e involucrarse en el proceso político de la nación, dejando de ser audiencia (pasiva) para convertirse en público (activo).
6. Resistirse a perder la independencia, la integridad y la capacidad de servir al público.

Si se revisa el papel que desempeñan los trabajadores en la prensa mexicana, se podrá ver que esas funciones sólo las realizan de manera regular algunos columnistas y comentaristas políticos, quienes ocupan un ámbito que no les pertenece en forma natural sino que han llenado debido a los vacíos dejados por quienes reportan las noticias.

Los columnistas y comentaristas se han convertido en el nexo entre las diversas fuerzas políticas y la sociedad. Este papel, que debería ser el trabajo de los informadores, es una de las claras manifestaciones de cuán pervertido se encuentra el oficio periodístico en México. Quienes se dedican al género de opinión deberían ser los que, con la reflexión y el análisis, explicaran al público la profundidad y el significado global de la información que han leído, sin necesidad de detenerse en dar las noticias que no aparecen en la prensa diaria.

Es a través de la información y la consignación de hechos por donde se refleja, en una sociedad democrática, el desacuerdo político y el conflicto de un sistema. En México esa arena no la provee la información, la noticia, sino que es generada por los columnistas y formadores de opinión.

El fenómeno no deja de ser paradójico. Salvo en México, no hay otro país donde algunos periódicos sólo sean leídos por sus columnas y artículos de opinión. Hay medios que sí tienen grandes plumas que orientan a una sociedad, pero no son sus pilares, como sucede en la prensa mexicana. El sustento de cualquier medio de comunicación es, y debe ser, su información. La opinión es un complemento importante, pero nunca puede jugar el papel principal.

Cuando un medio invierte sus funciones se vuelve débil, vulnerable y sus lectores son efímeros y volátiles. Si eso ha sucedido, como lo demostró el caso Granados Chapa, es momento para detenerse a pensar en dónde están las fallas, los errores, y cambiar de rumbo. De otra forma, los medios no crecerán y gradualmente irán muriendo, de la misma manera en que lo hicieron ya sus noticias.